

EL VIEJO CONTINENTE SE RENUEVA

Mario Huacuja R.

Sin duda, el año de 1989 pasará a los anales de la historia de Europa como uno de los más importantes del siglo, sólo comparable a los años en que se desataron las dos grandes conflagraciones mundiales. Y no es para menos: en sólo un año, y especialmente en los tres últimos meses de la década, se desencadenó un proceso que cambió de golpe la configuración política que existía en el continente desde la posguerra, y de paso puso fin al ya añejo y desgastado conflicto Este-Oeste, que tantas muertes y dolores de cabeza produjo en ambos hemisferios en las últimas décadas.

Era claro que la semilla precursora de la transformación que sufrió Europa Central se encontraba en los muelles del puerto polaco de Dansk, en la cohesión y la perseverancia del sindicato Solidaridad, pero nadie se imaginó —ni Walesa, ni Dubceck, ni Havel, ni cualquier otro líder de la reforma— que aquella simiente brotara de pronto y se ramificase con tanta rapidez. Había países que se mostraban más propensos al cambio que otros —como Hungría y Yugoslavia—, pero el oleaje de la transformación fue tan intenso que terminó por derribar las fortalezas de Honecker y Ceaucescu, que parecían los bastiones inexpugnables de los dogmas levantados por Stalin.

El año de 1989 fue una caja de sorpresas, donde las fechas se sucedieron con una velocidad de vértigo. En los primeros días de enero, como vaticinio de un año excepcional, el Congreso de Hungría aprobó la existencia de partidos independientes en el país. En Polonia, por vez primera después de una década de enfrentamientos y fricciones, el gobierno se sentó en febrero a dialogar con Solidaridad y con la iglesia católica. En abril, la organización de Lech Walesa fue finalmente legalizada, después de varios años de lucha clandestina. El 2 de mayo, los soldados húngaros fueron enviados a desmantelar las alambradas tendidas a lo largo de la frontera con Austria, y una

semana después el líder vitalicio del Partido Comunista, Janos Kadar, dejó el gobierno sin ceremonias de despedida. En Polonia, mientras tanto, los cambios siguieron su imparable marcha. El 17 de mayo el gobierno reconoció oficialmente a la iglesia católica; en las elecciones parlamentarias de junio, Solidaridad arrasó en los comicios, y en julio el Presidente Jaruzelski invitó al otrora perseguido sindicato a formar un nuevo gobierno. Un nuevo capítulo de la historia de Polonia estaba por fin abierto.

A mediados de agosto, las esclusas de la emigración empezaron a abrirse en Alemania Oriental, y las embajadas del Este de Berlín se fueron poblando de gente deseosa de abandonar el país. En Polonia fue nombrado como Primer Ministro Tadeus Mazowiecki, un líder de Solidaridad que se convirtió en el primer funcionario no comunista de tan alto rango desde la Segunda Guerra Mundial. El 10 de septiembre el gobierno húngaro revocó el acuerdo que tenía con Alemania Oriental para impedir el paso de los emigrantes alemanes hacia el oeste, y ese desplante bastó para que cerca de 60 mil ciudadanos de Alemania Democrática partieran hacia el occidente con la anuencia de Budapest. En octubre, los cambios fueron aún más veloces. El día 7, el Partido gubernamental de Hungría decidió abandonar la designación de "Comunista", y en Alemania, después de una visita relámpago de Gorbachov a Berlín, una marea de manifestaciones contra el gobierno recorrió las calles de Dresden, Leipzig y la capital. El 18 de octubre renunció al gobierno alemán el inmutable dirigente Erick Honecker.

Los últimos días del año resultaron extraordinarios, y marcaron el fin de la guerra fría en el mundo. Intempestivamente, el 9 de noviembre, se derrumbó el Muro de Berlín con el anuncio gubernamental de que cualquier ciudadano podría pasar al lado oriental de la ciudad por tiempo indefinido, y con esa insólita caída se terminó la división del mundo en Este y Oeste; a fines del mismo mes, en Checoslovaquia, una multitud salió a las calles para hacer volver al líder reformista Alexander Dubcek quien debería acaudillar la democratización del gobierno; en Bulgaria las manifestaciones forzaron al reconocimiento de la oposición, y en Rumania, después de una guerra civil que arrojó un saldo atroz de 60 mil muertes, el dictador Nicolau Ceaucescu fue fusilado en la madrugada de la navidad. Así, antes de despedirse de sus poderes terrenales, el último de los stalinistas europeos dejó a su país inundado en sangre. Seguramente por eso, unos días más tarde, los nuevos líderes de Rumania llegaron al extremo de prohibir la existencia del Partido

Comunista en su país. Mientras tanto, en Berlín, los pedazos del Muro derrumbado se vendían como *souvenirs*.

El reformador del mundo

Por regla general, en sus últimos números del año, la revista *Time* presenta en su portada la efigie del personaje que considera como el hombre del año. En 1989, por tratarse de tan importante fecha, la revista no seleccionó al hombre del año, sino al hombre de la década: ese fue Mikhail Gorbachev, líder de la Unión Soviética y padre de diversas transformaciones en el mundo entero.

La figura del actual Secretario General del PCUS resulta muy controvertida. Para unos cuantos, aquellos que viven encerrados en los dogmas del pasado, Gorbachev es un detractor de los principios del socialismo; para otros, aquéllos que observan al campo socialista como una máquina trituradora incapaz de generar sus propios cambios, el líder no es más que el lubricador necesario para que la economía de la Unión Soviética no se vaya a pique; para otros más —que son, a medida que transcurre el tiempo, la mayoría— Gorbachev es la esperanza de que el mundo llegue a resolver sus conflictos sin guerras ni soluciones de fuerza. Lo cierto es que, desde que Gorbachev llegó a tomar las riendas del Estado Soviético, el mundo ya no es de ninguna manera el mismo.

El hombre llamado Mikhail Sergeyavich Gorbachev asumió el control del Kremlin en 1985, y a partir de ese momento lanzó un plan de reformas graduales en su país. En la economía, el conjunto de reformas bautizadas con el nombre de la *Perestroika* incluyen la aceptación de una forma de propiedad privada, una mayor apertura hacia el mercado, la reducción en los controles de los precios, la introducción del capital extranjero para la creación de empresas mixtas y el retiro del control gubernamental sobre las empresas productivas del país.

En la política, el programa de “transparencia” llamado *Glasnost* no contempla por lo pronto la legalización de los partidos de oposición, pero permite la formación de corrientes en el interior del Partido Comunista, apunta hacia una mayor libertad de expresión y circulación de las ideas, y

tiende a una mayor aceptación de la autonomía de las Repúblicas Soviéticas. Ese es un principio básico para la negociación con países como Estonia y Lituania, pero de ninguna manera para permitir la secesión de Azerbaiján.

Sin embargo, hoy nadie pone en tela de juicio que la mayor transformación que ha promovido la voluntad reformadora de Gorbachev no se ha efectuado en el interior de la Unión Soviética, sino en la esfera de las relaciones del campo socialista con el resto del planeta. Para empezar, se trata de un cambio que se inicia a partir de los discursos. En este sentido, al dirigirse a los países de Occidente, el líder soviético se abstiene de hablar de revolución, de dictadura del proletariado o de socialismo; su lenguaje es diferente. En el foro de las Naciones Unidas, por ejemplo, señaló: "Debemos aprender a relacionarnos poniendo por encima, antes que otra cosa, los valores superiores".¹

No obstante, el líder propulsor de las reformas se ha cuidado constantemente de mantenerse dentro de los márgenes del socialismo. Como todos los grandes innovadores, jamás se aparta de la ideología en boga, nunca niega el sustrato común de la religión que pretende transformar, y de esa forma logra su cometido con una eficacia mucho mayor que si optara por el camino de la confrontación y el cisma. "Habiéndonos embarcado en el camino de las reformas radicales —afirmó a fines de 1989—, los países socialistas hemos cruzado la línea más allá de la cual no hay un retorno al pasado. Sin embargo, es equivocado insistir, como muchos lo hacen en los países occidentales, que ha llegado el colapso del socialismo. Por el contrario, todo esto significa que el socialismo se desarrollará en el mundo entero a través de una gran variedad de formas. En el fondo, a lo que hemos renunciado, es a tener el monopolio de la verdad; en adelante ya no pensaremos que siempre tenemos la razón, y que aquéllos que no coinciden con nosotros son nuestros enemigos. Hemos decidido, irrevocablemente, basar nuestra política en los principios de la libertad de elección, y desarrollar nuestra cultura a través del diálogo y la aceptación de todo aquello que sea aplicable a nuestras condiciones".²

En el terreno de las relaciones internacionales, la política de Gorbachev ha tenido un impacto decisivo en las relaciones de la Unión Soviética con los

1 Discurso de Gorbachev en la ONU, diciembre de 1988.

2 *Excelsior, La Jornada*, diciembre de 1989.

Estados Unidos. Durante los encuentros sucesivos de Gorbachev con Reagan en 1986, 1987 y 1988, y de Gorbachev con Bush en 1989, los temas a discutir se han enfocado primordialmente a la reducción del armamentismo, y ambos países han llegado, no sin problemas, a un clima de distensión que parece haber superado definitivamente los roces, las acusaciones y las sospechas de los gélidos años de la guerra fría. El propio George Bush se refirió al tema con estas palabras: "Nos encontramos a las puertas de una nueva y completa era de las relaciones entre ambos países".³

En diciembre del año pasado, cuando Gorbachev y Bush se reunieron en Malta, ambos mandatarios acordaron una substancial reducción de tropas, tanques, artillería y aviación de la Organización del Atlántico Norte y del Pacto de Varsovia. De acuerdo a las fuentes del Pentágono, la OTAN cuenta con 2.3 millones de soldados de diferentes países distribuidos en varios frentes, y el Pacto de Varsovia posee 3.1 millones de soldados. En Malta, la propuesta soviética contemplaba reducir ambos contingentes hasta 1.35 millones por bando, y si el estudio de tal propuesta prospera, esa disminución se hará viable en el curso del presente año.⁴

Por otra parte, a finales del año pasado, también, Gorbachev sorprendió al mundo con su visita oficial al Vaticano, donde saludó al Papa como si fueran viejos conocidos, y donde externó su deseo de permitir la libertad de cultos sin restricciones en el interior de la URSS. "Necesitamos valores espirituales —dijo el líder del Kremlin en El Vaticano—; necesitamos una revolución en nuestra forma de pensar. Gente de muchas religiones, incluyendo cristianos, musulmanes, judíos, budistas y otros, viven en la Unión Soviética. Todos ellos tienen el derecho de satisfacer sus necesidades espirituales".⁵

Un moderno Rasputín

La prensa occidental dice de él que es el Gurú de Gorbachev, arquitecto de la Perestroika y verdadero padre intelectual de las reformas que han cambiado de cuajo la fisonomía de la URSS. El dice que toda esa publicidad es

3 *Ibid.*

4 *Time*, diciembre 1989.

5 Discurso de Gorbachev en El Vaticano, diciembre de 1989.

falsa, que su papel es el de un modesto colaborador en el diseño de la política económica del quinquenio, pero al mismo tiempo sostiene que las reformas son el único camino que existe para transitar, y que de lo contrario el país entero se vería arrollado por las transformaciones que son impulsadas en el resto del planeta. Lo cierto es que Abel Aganbegyan, principal asesor económico de Gorbachev y Director de Economía de la Academia de ciencias de la URSS, es hoy por hoy el hombre que mejor conocer los avatares de ese deshielo llamado *Perestroika*.

En un libro recientemente publicado,⁶ Aganbegyan sostiene que los objetivos de la *Perestroika* no difieren de los objetivos generales del socialismo, que apuntan al bienestar social de las mayorías del país. "El propósito central de nuestra restructuración —señala—, es el de resolver los problemas del pueblo soviético y darle una mayor calidad al modo de vida socialista. Otros países han avanzado en sus niveles de vida, muchas veces gastando más de lo que les permite su potencial productivo; la situación en la URSS, por otra parte, indica que nuestros niveles de vida son demasiado bajos si los comparamos con nuestro potencial económico y con nuestro nivel de desarrollo científico y tecnológico. Los aspectos más sobresalientes de nuestra economía son la absoluta distorsión de los costos de producción y las normas de inversión, las grandes pérdidas y las posibilidades subutilizadas. Por eso la principal evaluación de nuestros resultados debe llevarse a cabo a partir de aquéllo que ha sido alcanzado en beneficio de la sociedad".⁷

El enfoque de Aganbegyan subraya lo que Gorbachev ha señalado en diversos foros de todo el mundo: la *Perestroika* no significa un regreso al capitalismo. De ahí que los indicadores para medir los avances del proceso no sean los indicadores clásicos de la economía occidental, como el incremento del Producto Nacional Bruto, el índice de inflación o los saldos de la balanza comercial y las finanzas del Estado, sino los beneficios que ha obtenido el grueso de la población con las reformas. Y en este aspecto, el asesor del Kremlin no se toca el corazón antes de declarar que la *Perestroika* está lejos de haber cumplido con sus principales objetivos.

6 *Inside Perestroika. The future of the Soviet Economy*. New York, Harper & Row, 1989.

7 *Ibid*, p. 227.

En términos generales, los tres primeros años de la *Perestroika* arrojaron un incremento del 10% en la inversión productiva industrial, y de 18% en las actividades no industriales. Ese impulso permitió sacar del estancamiento a la construcción de viviendas, que se había rezagado del crecimiento poblacional en un 30%. A partir de 1985, fecha de lanzamiento de las reformas, la construcción de viviendas se incrementó en un 15% anual, pero esa tasa no alcanzó a subsanar la calidad de las habitaciones, que se encuentra por debajo de los niveles de los países desarrollados. En efecto, en la Unión Soviética la vivienda cuenta con 15 metros cuadrados por habitante, lo cual representa la mitad de los promedios que existen en Europa Occidental, y además una de cada diez viviendas no cuenta con servicios de agua, gas y calefacción. Por otra parte, el servicio telefónico cubre únicamente el 28% de las viviendas urbanas, y sólo el 9% de las rurales.⁸

Según Aganbegyan, muchos otros rubros se encuentran en el mismo tenor. Los productos de consumo popular no han tenido el impulso suficiente para satisfacer las necesidades de la población. La fabricación de ropa creció apenas un 1% anual en 1988, y los productos de consumo duradero —radios, refrigeradores, televisores— se produjeron en número suficiente, la producción automotriz arrojó 1.3 millones de unidades, mientras que las necesidades nacionales suman cerca de 10 millones de automóviles al año.⁹ Pero no todo son números rojos. Los tres primeros años de la *Perestroika* dieron un nuevo aliento a la producción de alimentos, y los niveles de salud y educación se recuperaron después de haber disminuido en los años que van de 1960 a 1984.¹⁰ Finalmente, aunque las reformas económicas crearon mucha incertidumbre y confusión en la administración de las empresas, hubo muchas que lograron sonados éxitos al hacerse cargo de su propia gestión, y en varias los trabajadores lograron mejores remuneraciones a través de los aumentos salariales y la participación en las acciones de las fábricas.¹¹ Además, la Unión Soviética ha logrado un notable incremento de su comercio con Occidente, especialmente con la República Federal Alemana, Japón y Finlandia; en 1988, los intercambios representaron más de 130 mil millones de rublos, lo cual fue un incremento de 23% respecto al año anterior. Por último,

8 *Ibid.* p. 228.

9 *Ibid.* p. 232.

10 *Ibid.* p. 230.

11 *Time*, abril 10 de 1989.

la inversión extranjera se ha abierto a todos los campos, con excepción de la energía nuclear, las computadoras de alta sofisticación y los componentes para aviación. De modo que, caminando por las calles de Moscú y Leningrado, ya no resulta extraño toparse con los anuncios de Mitsubishi, Pepsico y Pizza Hut.

Las fichas caídas

Henry Kissinger decía, hablando de la guerra de Vietnam, que los países eran como fichas de dominó alineadas, y que bastaba que una de ellas cayera para que el resto se derrumbase en fila. La teoría resultó cierta, sólo que en lugar de aplicarse en el sudeste asiático a las revoluciones socialistas, tuvo lugar en Europa Oriental, en el impulso de un movimiento democrático que tumbó, una tras otra, a las burocracias establecidas desde hace más de cuarenta años.

Sin lugar a dudas, los orígenes de esa caída en fila se encuentran en la forma en la que esos países llegaron al socialismo. Después de la Segunda Guerra Mundial, en Europa Oriental se impuso el socialismo por decreto, ya que los aliados acordaron dividirse los despojos de la guerra en zonas de influencia. En consecuencia, en los países que quedaron en la zona de influencia de la Unión Soviética, el socialismo llegó desde fuera y por la fuerza.

La Segunda Guerra arrojó un saldo espeluznante de destrucción y muerte, pero, además, modificó substancialmente la vida de grupos y naciones enteras. En lo que constituye un aspecto poco estudiado de las consecuencias de la guerra, cerca de 50 millones de personas perdieron sus tierras porque fueron evacuadas, deportadas, bombardeadas o hechas prisioneras, y la configuración territorial de los países se alteró en sucesivas ocasiones. Como es bien sabido, en la Conferencia de Yalta de 1945, los líderes de Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética se pusieron de acuerdo para dividir al continente europeo en regiones, que quedarían bajo la protección de los países vencedores. De esta manera, los países que habían sido ocupados por el Ejército Rojo de la Unión Soviética, durante el repliegue de las fuerzas nazis hasta Berlín, quedaron bajo la zona de influencia de Moscú, y sus sistemas políticos se declararon socialistas en el lapso que va de 1945 a

1947.¹² Ese fue el caso de Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Hungría y Alemania Oriental, países que se convirtieron al socialismo en virtud de una circunstancia coyuntural, y que sólo se sacudieron de sus respectivas burocracias en 1989, año en el que cada país fue cayendo como ficha de dominó alineada.

En 1945 y los meses que siguieron al fin de la guerra, el único país que llegó al socialismo por voluntad propia fue Yugoslavia, cuyo dirigente, Joseph Broz Tito, se enfrentó al poderío de Stalin y pudo mantener la autonomía de su país frente a las decisiones del Kremlin. Con esa salvedad, a partir de entonces, Europa quedó dividida en la famosa querrela del Este contra el Oeste; en el mundo se recrudeció la lucha entre el capitalismo y el socialismo, y las dos superpotencias enfriaron sus relaciones hasta entrar en el periodo conocido como “la guerra fría”. En marzo de 1946, con su inseparable puro en la boca, Sir Winston Churchill se refirió a la división del mundo con una frase lapidaria: “Ha caído una cortina de hierro entre Oriente y Occidente”

En los tensos años de la guerra fría, las burocracias de los países de Europa Oriental actuaron como fiel reflejo de las decisiones de Moscú, y para acentuar la división del mundo en los dos puntos cardinales en Berlín se levantó, en el verano de 1961, un muro que separó a la ciudad en dos porciones: la oriental y la occidental. De esa forma, las palabras de Churchill sobre la cortina de hierro se hicieron realidad en una barda de ladrillo.

Sin embargo, detrás de la cortina de hierro, las sociedades se movían. En el año de 1956 —tres años después de la muerte de Stalin—, en el seno del Partido Comunista de Hungría surgió un movimiento nacionalista que propuso gobernar al país con mayor autonomía, pero cuando sugirió separar a Hungría del Pacto de Varsovia los dirigentes del Kremlin pensaron que había llegado demasiado lejos y el movimiento fue sofocado con la intervención de las tropas soviéticas en noviembre del mismo año.

En 1968, en Checoslovaquia, otro movimiento interno del Partido Comunista —encabezado por Alexander Dubcek— propuso la democratización de la sociedad sin abandonar los principios del socialismo, pero en esa ocasión

12 Wolfgang Benz, *Comp. El siglo xx. Europa después de la segunda guerra mundial*, México, S. XXI.

la intervención armada de los países signatarios del Pacto de Varsovia puso fin a los anhelos democráticos del ala reformista del Partido.

A pesar de las intervenciones armadas y los sistemas impuestos, algunos países empezaron a caminar por el camino de las reformas, aunque no sin fricciones. En Polonia, las movilizaciones del sindicato Solidaridad —que vio la luz en 1980— y las urgencias desatadas por la crisis económica obligaron a una reestructuración económica que se puso en marcha desde 1987. A partir de entonces, el Estado empezó a despojarse de ciertas empresas que resultaban una carga onerosa para sus finanzas, y lanzó una legislación que permite a los nuevos empresarios tener un acceso mayor a la fuerza de trabajo, la tecnología y las materias primas. Simultáneamente, dio inicio una liberación gradual de precios, que se espera finalice en 1993. Por lo pronto, con esa probada de capitalismo, los polacos empezaron a padecer las angustias de la inflación, que en ocasiones ha alcanzado el 100%.

En Hungría, con todo y el repliegue que significó la invasión de 1956, las reformas económicas se emprendieron con ciertos titubeos en 1968, cuando el Estado reconoció la naturaleza de la economía mixta. Los cambios, empero, se han agilizado sobre todo en los últimos cinco años. En la actualidad, las empresas en manos privadas pueden contratar hasta 500 trabajadores en lugar de los 30 a los que tenían derecho, y tienen una mayor libertad para negociar con los sindicatos de manera autónoma, de manera que en ciertas empresas se pagan salarios más altos que en las empresas del Estado. Por otra parte, la liberalización de la economía ha puesto a nueve de cada diez productos fuera del control de precios, y la reducción de los subsidios a la producción avanza a pasos agigantados. El sistema financiero empieza a regularse de acuerdo a las leyes del mercado, y el año pasado se anunció el nacimiento de una Bolsa de Valores, que es la primera institución de este género que aparece en el seno de un país socialista. En adelante, también Budapest estará sujeto a los vaivenes de Wall Street.

En Yugoslavia, gracias a la autonomía defendida sin cuartel por Tito, la autogestión obrera fue implantada en lugar del centralismo estatal; las relaciones económicas con Occidente no se rompieron, y la nación no pasó a formar parte del Pacto de Varsovia. Esta situación —sui generis dentro de Europa del Este— elevó en primera instancia los niveles de vida de la clase trabajadora, pero los desequilibrios de los precios pusieron la inflación al

alarmante nivel del 1000% en los últimos años. No obstante, la economía yugoslava ha crecido a un ritmo de 3.2% en 1989; sus exportaciones registran un crecimiento constante, y la confianza de los organismos financieros internacionales en el saneamiento de su economía produjo una renegociación favorable de la tercera parte de su deuda externa.

La explosión democrática en Europa Oriental ha despertado codicias económicas. Los más de 430 millones de consumidores que habitan en los países recién liberados de las burocracias representan para las empresas y los inversionistas de Occidente un mercado muy atractivo. De ellos, la URSS es el mayor mercado, pero también el más lejano y sin duda el más peligroso, ya que nadie está seguro de que la *Perestroika* sea absolutamente irreversible. Alemania Democrática, en cambio, está en mejores condiciones de unirse a Occidente. Por lo pronto, la Comunidad Económica Europea ya proporcionó a sus congéneres orientales una ayuda de 120 millones de dólares en alimentos, y el nuevo gobierno polaco ofreció poner varias empresas en manos extranjeras, para que los polacos se pongan al día en avances tecnológicos y buena administración. La visita de Lech Walesa al Congreso estadounidense habla de nuevos flujos de inversiones. Se acaba de aceptar un paquete de ayuda de 900 millones de dólares de Estados Unidos para Polonia, y el gobierno de Bush pretende reclutar a cuarenta inversionistas que participen en un fondo de ayuda para Polonia, con dos millones de dólares por cabeza.

En Hungría, la nueva legislación de inversiones permite la participación del capital extranjero hasta en un 100% de las acciones, y a partir de tales leyes han ingresado al país más de 150 firmas extranjeras, que se unen a un número semejante de empresas que ya existían. Y en Yugoslavia, que había ensayado su propio camino desde hace tiempo, las firmas de empresas extranjeras que participan en planes de coinversión ascienden a 400. Pero todo eso es apenas el inicio de un movimiento que puede convertirse en avalancha. El empresario Carlo De Benedetti, "tiburón" de la industria italiana, declaró recientemente que utilizará a sus filiales establecidas en Alemania Occidental como si fueran la punta de lanza para invadir los mercados del Este. Los bancos suizos se frotan los nudillos frente a la posibilidad de financiar proyectos de desarrollo en los países que lo soliciten, y la General Electric de Norteamérica acaba de anunciar una inversión monstruo de 150 millones de dólares en Hungría, lo cual representa la

máxima inversión desde la Segunda Guerra. Nuevamente, a la empresa se le prendió el foco.

Muchos piensan que, debido a su bajo nivel de desarrollo comparado con las economías occidentales, los países del Este Europeo pasarán del segundo al tercer mundo sin boleto de regreso, convirtiéndose en fronteras maquiladoras de occidente, con salarios apeteciblemente bajos y facilidades fiscales. Sin embargo, hasta la fecha, pocos se han puesto a pensar en el hecho de que los cambios sufridos en el Este van a producir, a corto y a largo plazo, cambios profundos en Occidente.

Para empezar, el levantamiento de la cortina de hierro —simbolizada en el muro de Berlín— ha vuelto súbitamente anacrónico el acantonamiento de tropas, tanques y misiles tanto de la OTAN como del Pacto de Varsovia, tanto más en la medida que el mantenimiento de los ejércitos representa un gasto muy pesado para las naciones involucradas. Superada la etapa de la guerra fría, y una vez que el mundo tiende a diluir los enconos que prevalecieron entre el Este y el Oeste por más de cuatro décadas, la carrera armamentista de las dos superpotencias ha perdido por completo su razón de ser.

En segundo lugar, después de tantos años, discusiones, fricciones y acuerdos que se tomaron para poder unificar los mercados de la Europa Occidental en 1992, la caída de la cortina de hierro ocurrida el año pasado obliga a replantear el esquema. ¿Habrà algún país socialista que quiera engrosar el grupo de los 12 que pretenden unificarse? Sin duda Hungría y Polonia se apuntarían sin reservas a esa lista, pero la inclusión de nuevos miembros obliga a pensar nuevamente en los precarios equilibrios de fuerzas obtenidos.

Finalmente, los últimos sucesos apuntan a la reunificación de las dos Alemanias, probablemente en una confederación de gobiernos separados que vayan paulatinamente integrando una sola economía. Si eso sucede —y es muy probable que así sea—, Alemania se convertirá en una superpotencia capaz de disputarle la supremacía económica al Japón y los Estados Unidos, y se levantará sobre sus vecinos europeos con una capacidad productiva que le permitirá ver al resto de los países desde arriba. Por eso mismo, muchos están ansiosos de que nada cambie. Pero volver atrás es imposible.

31 de enero de 1990